DRAMA DE LA DESUBICACIÓN EN AMÉRICA [1]

Conferencia pronunciada por Juan Francisco Giacobbe,
el 18 de septiembre de 1952

El drama de América es el drama de la desubicación de los espíritus, en el ir y venir de los lugares. Si aceptamos que el individuo es de por sí un núcleo histórico (es a la vez la expresión de una funcionalidad histórica y es, a la par que todo ello, historia en función) el drama de América acentúa y juega una desubicación de lo histórico en los individuos que la viven y que en ella se manifiestan.

La primera de las desubicaciones sensitivas de América, es la que se produce entre *la autoctonía y la inmigración*, drama que se produce por igual en cada uno de los sectores: en la autoctonía aborigen, por el influjo de la inmigración y en el inmigrante por la crisis de su autoctonía o la defensa de su autoctonía. Aclarando: en los aborígenes autóctonos por el advenimiento del extranjero, que se posesiona o convive su suelo, y en el extranjero el drama de sentir que al convivir esta nueva tierra, este nuevo continente, queda atado, de algún modo al continente que dejó, y al que por eso tiene que defender, de algún modo también, en su autoctonía; sentir que, gradualmente, América lo absorbe, y que perderá, de algún modo, su autoctonía. Por eso mismo, en los dos sectores – en lo autóctono y en lo inmigratorio – se produce un drama de desubicación:

a) En el autóctono: porque los elementos de injerencia en el extranjero van disasociando la pureza de toda autoctonía, y van descomponiendo los formulismos, las normas que determinan la cohesión con los orígenes y la unidad con la estirpe.

b) En el inmigrante: porque desgajado de su cepa, desgajado de su abolengo, desgajado de su radical, tiene que vivir al principio un tiempo de readaptación y si no vivir su tiempo en función de retrospección hacia el retorno. Por lo mismo, la desubicación de las personas, lo que es transitivo y a la vez peregrinación de transitoriedad en el inmigrante, que nunca piensa dejar su origen ni su heredad en tierra extraña, y la desubicación del aborigen que ve, de pronto, agitada y desbaratada la unidad de su ser, en su momento especial de ser la expresión de un continente, dan una crisis histórica particular que solamente tiene par en las grandes inmigraciones del período proto-histórico europeo o de la protohistoria de todas las civilizaciones mediterráneas y orientales.

La primera de las vivencias contradictorias que estas dos porciones de vida encuentran, es la del intercambio de las funciones estéticas no entendidas como mera funcionalidad de arte sensitivamente ocioso, sino de las funciones estéticas en su raigambre, en su intimidad humana y en su intimidad lógica; es decir, las funciones primero sensitivas, vegetativas, fisio-psíquicas, de todo lo que pertenece al animal y después las funciones bio-psíquicas de lo expresivo en cuanto a inteligencia.

[1] Transcripción de texto mecanografiado. Se desconoce el lugar de su realización (Nota del recopilador).

Al principio serán las funciones más o menos aprehensibles, más o menos evidentes de lo climatológico y de lo paisajístico diverso, suponiendo que todo individuo pueda tener en él la concreción o la plasticidad de un paisaje más o menos suyo, si no en su óptica, por lo menos en su subconsciente. Estas novedades de lo climatológico que van ordenando también las novedades del gusto, del gusto en cuanto a pura funcionalidad alimenticia, ya establecen una confrontación y un plano de analogía y de diferenciación, analogía y diferenciación que van entablando ya la superioridad o inferioridad del nuevo lugar.

Todo extranjero es un punto de comparación en los factores y en el análisis de las facturas cosmológicas y de las facturas humanas; los gustos tienen un imperativo habitual sobre las condiciones caracterológicas de los individuos. Un español gustará de su tipo especial de hortalizas, de un tipo especial de frutos, de un tipo especial de carnes y, aún más, de la química especial del tipo gastronómico de todos estos elementos.

A latitudes dejadas por otras, hay gustos y diferenciaciones de gustos; la geografía determina, de por sí, estas nuevas y múltiples modalidades de las especies zoológicas, de las especies vegetales y de las especies climatológicas.

La primera ausencia perfectamente animal que se siente, es la del clima y la del alimento: la del clima que determina siempre condiciones psicofísicas y reacciones sensitivas inevitables que van formando también la característica de la modalidad, del modo de ser, de la manera, del modo de moverse, del ritmo de los individuos.

Los ritmos de la vida intersocial están determinados, en más de lo que se supone, por los factores climatológicos en orden a lo psico-biológico.

Hay en todo ello un imperativo: entre el inmigrante europeo y el autóctono americano, hay siempre una enorme diferencia en la manifestación del ritmo en la actitud y un gesto en el paso y en la expresión de cada uno de sus movimientos. Los climas, aunque se equivalgan – un meridión con un meridión – no dan de por sí las mismas características, o las idénticas características expresivas en cuanto que la expresión se fundamenta, más que en lo puramente biológico, en lo secretamente psicológico. Por eso mismo, la primera de las desubicaciones dentro de su historia, de un individuo que viene a América es esa diversidad elemental de un clima que ordena a un paisaje; de un clima que produce determinados productos que no son iguales a los que él ha vivido y que de algún modo le son propios. Por menos evolucionado que sea el individuo inmigrante, por menos atado a su lugar y a sus tradiciones que sea un individuo inmigrante, tendrá siempre en el núcleo de su subconsciente, antecedentes que lo atan a éstos principios inevitables del clima en función de sensación epidérmica y en función de funcionalidad biológica, y el gusto gastronómico, que determina, por añadidura y por derivación, toda la funcionalidad del gusto psíquico.

Para el aborigen, esta nueva desubicación del inmigrante, esta desubicación del extranjero, trastorna también su modo de ser, porque no hay generalmente extranjero que no pretenda reordenar las normas de su modo de ser antecedente en el lugar donde está. No hay extranjero, en la enorme mayoría de los casos, que no pretenda encontrar, buscar

y realizar lo que ha tenido antes de llegar a la nueva tierra, es decir, la extranjería no se purga con la novedad de un nuevo suelo ni con la conquista de una nueva civilización, sino que quiere que el nuevo suelo sea, de algún modo, *su* suelo, y que la nueva civilización tenga características de *su* civilización, porque tenemos que aclarar que en el núcleo vital de los individuos normales, las pertenencias individuales son absolutismos que los representan, es decir, la nacionalidad o el localismo podrán no aparecer como intrínsecos en la nación y en el localismo presencial, pero durante la ausencia, y cuando el ser es extranjero, localismo y localismos y noción de tribu, familia y nación, se exacerban para determinar valores que tal vez antes no fueron conocidos y que se manifiestan por primera vez dentro de la extranjería.

Lo mismo sucede en la defensa de los valores autóctonos, en que se ponen en evidencia virtudes y pertenencias que antes no habían sido consideradas como tales. Las primeras novedades, entonces, de la desubicación en el drama de América son las novedades de los gustos y las novedades de las maneras. La modalidad determina casi siempre el sentido de lo extraño; la modalidad que ha nacido del gusto, que se ha impuesto por el hábito, determina casi siempre lo extranjero.

Un solo detalle, o el detalle de una sola tela, el detalle de un solo utensilio, el detalle de un modo del peinado o de una forma de saludo, determinan de por sí la extranjería. El gusto o la moda, que se ha hecho gusto definido se hace de repente estilo de los individuos. El estilo surge de esas tres conexiones de una modalidad, de la ordenación de una modalidad que, a través del gusto insistente, se ha hecho ya estilo, es decir, se ha hecho personificación concreta de la naturaleza de un individuo o de individuos.

Las modalidades nuevas, introducen el primer choque, un choque de estilos del ser. Auténticamente estilos de ser en las dos porciones: el extranjero adventicio y el autóctono, conjunción geológica con aprehensiones de un estarse, de un quietismo en su mismo lugar, inadvertido hasta entonces; por eso mismo si aún toda lucha, toda vida en su evolución y en la consecución de sus fines, toda vida, decimos, es lucha dentro del núcleo de lo individual, familiar, tribal, lo societario, entendido ya como unidad de pueblo; la intromisión de lo extranjero hace que esta lucha se invierta y se emplee en la defensa o en el ataque de los nuevos valores que, de algún modo, tratan de descomponer o tratan de explotar los valores intrínsecos del estilo de la vida y del estilo del ser.

Por de pronto, entonces, desde un punto de vista meramente vegetativo y animal, aparecen choques de gustos biológicos, choques de gustos animales, que poco a poco se irán haciendo choques de tendencias y de posiciones altamente psicológicas.

Es la defensa o la imposición de un gusto la que determina en cierto momento la amistad y la enemistad. La aceptación y la armonía en ser consecuente con los valores del gusto que determina la complacencia del estilo en los individuos, es la que más forma sentido de la convivencia.

Todo factor extraño podrá ser nuestro, siempre que tenga un sentido de complacencia y de obsecuencia o de sumisión para el imperativo de nuestros gustos; cuando tal no

aparece, la oposición se hace; y si en la mayoría de los casos la educación puede determinar una cierta modalidad de condescendencia que bien puede no llegar a la hipocresía, pero que en la mayoría de los casos llega, cuando las sociedades son sinceras y tienen una fuerza productiva y virgen, el rechazo y la aceptación aparecen en toda su desnudez y con toda su tajante sinceridad.

Por eso, los límites de la extranjería y los límites de la autoctonía nacen fuera y exclusivamente de modalidades que habiendo nacido de lo bio-fisiológico, se hacen, no solamente bio-psicológico, es decir, habiendo nacido de las imposiciones de la carne, de las imposiciones de la organización del cuerpo y del clima, se hacen hábito e imposición de sensación psíquica y posteriormente de sensación metafísica; al principio el gusto nace de una imposición de la materia, de una organización y de una limitación de la materia, en connubio con todo el elemento circundante y con todos los elementos circundantes.

El hombre, está más que demostrado, es el producto de un clima y es el que ordena también al clima; esta interrelación determina a la función del gusto que, saliendo de la carne, e incidiendo sobre la carne, se va haciendo hábito de sensación, ordenación de placer, ordenación de deseo, aspiración de superación en el gusto, en el placer y en el deseo y después premio de las cosas, conquista y premio de los objetos y de los gustos, a través de la elección de un dios, o de Dios. Lo providencial se enraíza después con lo casual zoológico y cosmológico. No hay historicidad humana que no pase por este período. Aún más: toda la historicidad nace de esta concatenación entre el secreto de lo divino en lo material y entre el secreto de lo material en lo divino.

El hombre, en cualquiera de sus posiciones y cualquier ubicación, es siempre el juego, el acontecer y la transformación enigmática pero definitiva, de estos juegos del gusto, del placer, del deseo y por sobre todo, del premio providencial de su ser en el gusto. Es aquí donde se determina el estilo; los choques estilísticos determinan las posiciones de los choques históricos entre las autoctonías y las extranjerías. La primera, repetimos, manifestación y oposición, está en la representación del gusto.

Esta representación del gusto que a veces, en algunas sociedades, puede estar perfectamente oculta y que puede darse como no total; algunas sociedades, como la sociedad inglesa, por ejemplo, en sus aspectos convivenciales históricos, a la par de la romana primitiva, se imponen, en algún momento, la no participación de sus gustos con los demás, para que la conquista del espíritu sea menos evidente y sea menos cruel. No todas las sociedades tienen ese tacto, ese sentido de la organización, de saberse negar las propias condiciones o de no hacer convivir las propias condiciones en el momento convivencial de la presentación entre la autoctonía y la inmigración.

En América esto sucede al principio de un modo chocante; es en verdad el choque y la chispa entre dos historias, dos mundos y dos espíritus. La modalidad del aborigen está en la posición de ver al principio en la modalidad del español al nuevo dios. Los elementos subsidiarios históricos (el traje, los utensilios, las armas) se lo presentan como un elegido de un otro estilo.

Los pocos momentos de sumisión o de pavor pasan para dejar cauce a la reacción y a la defensa de los propios valores y la lucha se entabla en ambos lados por elementos históricos, que determinan las desubicaciones y demuestran la desubicación de los individuos.

El primer elemento que acusa la desubicación de los individuos es el elemento lenguaje, expresión, lógica al principio, como expresión social de interrelación y posteriormente, expresión en los órdenes metafísicos del individuo.

El lenguaje en el choque del idioma, es el que determina, es el que limita, es el que separa la inteligencia de los individuos no sólo en su característica fonética, que es de por sí una función casi meramente biológica, sino en su ritmo, sino en su intensidad.

He aquí otro de los factores del gusto y del estilo, pero por sobre todas las cosas, de la inteligencia; el lenguaje en función de historia, en función de latitud, en función de geografía, de autoctonía y en función también de extranjerismo.

Tal vez sea más que nada, por esa desinteligencia de los lenguajes y de la lengua, que la humanidad ha encontrado siempre el modo de diversificar a los individuos y de que los individuos se separen en defensas y en núcleos de autóctonos (auténticos, desde luego) y de extranjeros o falsos y advenedizos al lugar.

Tal vez el concepto del lugar en función del pueblo no sería tan intenso ni llegaría al fanatismo, si en verdad no existiesen estas extranjerías modales del estilo en el modo de ser de la persona y del estilo del lenguaje, entonces la primera funcionalidad histórica, , en el choque y en la lucha es la del lenguaje.

Este lenguaje que no es solamente la función de lo coherentemente lógico, sino que es la función de lo animadamente y trascendentalmente vital. No es el lenguaje por lo que es en sí como manifestación analítica lógica y expresiva de las objetividades evidentes, sino por lo que guarda en su funcionalidad con el otro elemento: el elemento de lo misteriosamente providencial. Tal vez todos los individuos se pondrían de acuerdo si el lenguaje determinase solamente objetividades y acciones instrumentalmente objetivables. Pero he aquí que el lenguaje determina más que nada individualidades psicológicas, individualidades que van desde la pertenencia individual de un lugar, hasta el premio por revelación de la pertenencia de este lugar. Es decir, desde el mero factor animal biológico hasta el valor trascendente de lo divino mitológico.

Ha aquí que los individuos y las sociedades no luchan tanto por las materialidades, sino por las idealidades; no luchan tanto por la conquista del producto pura y exclusivamente material, aunque eso sea el medio de las luchas, sino que en segundo término, y en el término fanático, se lucha por idealidades.

Lo que diferencia la autoctonía de un extranjerismo es la intención de los gustos y la aplicación de los gustos, es decir, el sentido que se le da a la acción de la vida. Un animal podrá ser matado de tal forma para tal autoctonía y ser matado de tal otra para otra tal; lo

que molestará entre una y otra, será el rito de matar tal o cual animal y de matarlo de tal o cual forma y de comerlo de tal otra.

Una diferencia específica entre el mundo judío y el mundo europeo reside en eso también. Otra diferencia específica entre el mundo europeo y el mundo americano reside también en eso: en qué animales se deben matar, y cómo se deben matar y cómo se deben comer.

La intención aplicada a un fin trascendente indica la pertenencia de ciertos estilos de vida. El choque, la apreciación o el desprecio de los individuos nacen del principio de cómo se sabe comer y de por qué se come de ese modo.

Otra de las funciones, la función del lenguaje es de por qué se dice de tal modo y por qué se dirigen las cosas a tal dios. He ahí entonces la diversificación en la intención y en el modo del lenguaje. Los choques en todas las conquistas, dependen de pequeños detalles de grandes intenciones, sobre las grandes intenciones del lenguaje.

Sintetizando, entonces: al principio, choques del gusto, choque del lenguaje, determinan desubicación dramática de los individuos. Pero es el lenguaje más dentro de las modalidades de la acción y del gusto, que va determinando uno de los choques más serios en la idealidad de los individuos, que es la selección de lo religioso. Esta selección de lo religioso que da al individuo la pertenencia de ser su lugar en sí mismo y de ser naturaleza de su lugar en su pueblo; esta religión, que como se sabe bien, religa, reama, relee todo lo que es propio de un individuo en su función de gusto, de estilo, modo de ser del lenguaje, en la verdad auténtica del lenguaje y en la verdad auténtica de su dios. Esta religión, que hace leer al mundo individual y al mundo circundante de un modo diferente al de otros individuos; esta religión, que es la que más que nada determina el porqué de una autoctonía, porque enraíza, antes que nada, al individuo en su origen, lo hace correr por el fuste de una tradición, y se alimenta con la sabia de elementos anteriores que lo hacen fructificar en el presente y a través de la religión es el individuo que lee al mundo según su lenguaje y según su gusto y según su estilo. De este modo de religar, de reamar, de releer, nacen los choques más absolutos de las civilizaciones y de las culturas.

He aquí el plano auténtico de las autoctonías de las civilizaciones: ordenación instrumental realmente vital del concepto religioso, dentro de la funcionalidad de lo material del mundo.

Lo que antes se daba en el gusto entre lo animal, es decir, entre lo material y lo providencial, se vuelve a dar ahora, a través del lenguaje y a través de lo religioso, en el concepto íntimo de la divinidad entre lo material y lo eterno. Estas dos funcionalidades históricas coexisten siempre y son la base de las desubicaciones de todos los individuos.

Los hijos de los extranjeros tendrán después que tratar de coordinar las partes verídicas entre unas y otras nociones, entre las nociones de un gusto establecido de las autoctonías geográficas y de las autoctonías pintorescas de los autóctonos y los recuerdos importados o las nociones importadas por las extranjerías del nuevo lugar. Y aparece también una nueva

desubicación, que es la desubicación del producto, la desubicación de la futurización del hijo en las tierras de América.

No le vamos a dar los nombres que ya conocemos: el criollo, el mestizo, sino que le vamos a dar una presencialidad dramática, ya que el mundo no termina nunca de pasar por estas etapas de la autoctonía y de la extranjería. El hijo de un extranjero se evidencia siempre como un núcleo dramático de desubicación entre dos polos. Si antes los polos chocaban, ahora el entrechoque será visto, notado y convivido por el hijo. El hijo tendrá que ser de algún modo el cojinete entre dos fuerzas opuestas, que indudablemente tratarán de aniquilarlo. He ahí la posición de las nuevas generaciones en América: ser el cojinete de las fuerzas atávicas de dos mundos opuestos.

Pero para llegar a ser cojinete, el individuo tendrá que formarse una serie de espirales auténticos que le permitan este sentido de la resistencia y ese sentido de la convivencia.

Todo hijo de extranjero en primera o en segunda generación en América, es siempre una espiral en sentido de equilibrios de fuerzas, que recibe los dos choques opuestos, de dos mundos que en defensa de valores antecedentes no quieren morir ni pueden aniquilarse por igual.

La extranjería, que trata de imponer con su valor inmigratorio las trascendencias que ha dejado detrás de ellos en la ausencia, o las noticias de una civilización considerada, por lo mismo que ha sido vivida y que ha sido gustada, considerada superior. Y la autoctonía que trata de defender, por la misma razón de que tiene una civilización que ha sido vivida y que ha sido gustada, que trata de permanecer y de oponerse a la civilización de allende el mar, en forma de extranjero. Pero tanto el hijo del indio como el hijo del extranjero, tanto el hijo del autóctono como el hijo del extranjero deberán aceptar las formas residuales, las formas ya evolucionadas de una lucha que ha llegado a un punto de tregua: el de la concesión más o menos subrepticia de algunos elementos. En la autoctonía se acepta casi siempre la imposición de lo instrumental extranjero. En la extranjería se acepta casi siempre la servicialidad de los conocimientos que sobre explotación y posibilidades de explotación de la naturaleza suelen tener los autóctonos.

Por una parte hay una explotación desembarazada del poder de lo instrumental; por otra parte la sumisión más o menos explotable de lo instrumental, de lo extranjero.

Pero la desubicación más seria, a pesar de ser el único auténticamente ubicado, es la de los hijos del indio, del autóctono, y la de los hijos del extranjero.

Estos seres que ya nacen ante el drama de un lenguaje instituido, mestizado, de un lenguaje compuesto, de un lenguaje no puro, en todas sus características, viniendo de uno y de otro polo; que nacen ante la combinación de diferentes gustos, ante la hibridez, se diría, de diferentes gustos, o ante la evolución de diferentes gustos, y ante la mezcla y el entrechoque de dos religiones que han perdido su autenticidad en la lucha y que han perdido su autenticidad en la mezcla.

Este ser que nace para ver al principio como espectador la antecedencia de la lucha y que tendrá que resolverla él, de algún modo, para que su vida tenga también una característica. Por eso, el hijo de América –de los dos polos– es el cojinete de múltiples espirales, en el cual se dan las convivencias entremezcladas del gusto, la convivencia entremezclada del estilo, de las lenguas, modas, modos, actos de los hechos, y por lo mismo, la convivencia entremezclada de las religiones.

En esta mezcla, en la cual se podría suponer novedad de elementos y seguramente refuerzo de elementos, el hijo de América, en su propia desubicación o en la ubicación de su desubicación descubre y encuentra solamente debilidades; encuentra decadencias.

La autoctonía ha sido ya descastada, como descastada era la extranjería al dejar su radical y al chocar con el elemento potente de la autoctonía. Por más potencia que tengan los polos en el momento de la entremezcla de energías, las energías pierden su autenticidad, para hacer, en algún modo, débiles y decadentes.

La civilización mediterránea que llega a América, ya es manifestación desvirtuada; se desvirtúa más con el choque de la autoctonía.

La civilización autóctona, en la plenitud de su autenticidad, es vencida y al renacer, renace también fragmentaria, inutilizada, y en su aspiración de poder vencer o en su sumisión de recibir los elementos extranjeros está también descastada.

De estas dos formas auténticamente descastadas de las civilizaciones, nace el drama de la desubicación del criollo y del mestizo. Desubicación muy dramática en cuanto, por un lado, la imposición psicobiológica del ambiente, del paisaje, de lo geológico, de lo convivencial animal, de lo activo social, están sedimentados sobre el plano de lo americano, al cual se le han impuesto características europeizantes y características indígenas. Lo fragmentario de los dos lados, al tratar de imperar sobre el suelo, dentro del clima, aún con las combinaciones de importación y de readaptación de productos no americanos, modalidades europeas en el continente americano.

Su sangre ya ha tenido vivencias europeas y vivencias americanas. Su visión, toda su estética, es decir, su plano ascendente de la sensación y su educación, han actuado siempre entre esos dos polos de una autoctonía dejada y reconectada del padre, pero no verídica y presencial y una autoctonía en choque, que le es una autoctonía extranjera para él de algún modo, en la autoctonía indígena, pero no tan extranjera como que no sea ya convivible con una cierta serenidad.

Al hijo del extranjero en América, le importa muy poco el conflicto anterior en contra de la autoctonía de su padre; la educación podrá hacerlo un enemigo, pero en el fondo él ya es también una combinación y es en cierto modo un extranjero de la tierra de su padre. Es un extranjero que hasta por el orden de la gestación ha tenido que convivir los elementos esencialmente geológicos, antropológicos que determinan el clima y que determinan el lugar. Por otra parte, su educación ha sido ya argumentada en la novedad de un entrechoque de lenguaje, de un lenguaje no puro; no puro porque no reside en la radical de su lugar, ni ha seguido la estabilidad de su evolución en el lugar, sino que en él se han

mezclado elementos alógenos y patógenos del nuevo mundo y de la lucha en la nueva desubicación de su padre; y aún más: por sobre estas funcionalidades inherentes a la constitución de un individuo, aparece la tercera de las novedades dramáticas que es la novedad de lo religioso. Esta religión importada, importada con mínimos elementos, esta religión de subsidio, esta religión fragmentaria que se ha traído de allende el mar; que ha debido chocar con la otra religión potente, con la otra religión panteísta, con la otra religión realista, que está en la función del lugar y de los individuos autóctonos. Esta religión que ha debido ser la verdadera conquistadora, pero que en la función de la conquista ha perdido mucho de su virtualidad esencial en una cierta característica virtualmente dogmada de su aplicación: esta religión lo desubica también al individuo entre paisajes no propios y entre personalidades no evidentes y no propias; mientras en toda autoctonía la verdad de los dioses tiene algo que ver con la verdad de los elementos antropológicos y la verdad del paisaje. Para un criollo y para un indígena, la nueva religión está también desubicada del paisaje de los seres, de los modos y de las virtudes de los dos polos que son la extranjería y la autoctonía.

Cristo llega en función de redentor a América, pero todo el orden de la liturgia, todo el orden de la religión en función litúrgica es una importación de desubicación. Y se desubica aún más cuando se adapta, cuando se emplea a la mente y al lenguaje, cuando se hibridiza y se mixtifica en los indigenismos, generalmente extranjeros a su propia noción. Este motivo incide muchísimo más en el alma y en el modo de ser del hijo del extranjero, es decir, en el hijo del criollo y en el hijo también del extranjero en América, que ahora es el indio después de la conquista; los dos por iguales, el mestizo y el criollo son hijos de extranjeros dentro de un continente y, por lo mismo, tienen que convivir las polarizaciones y ser el segmento unitivo entre los diferentes polos, pero desde un punto de vista psíquico y desde un punto de vista virtual y vital, tanto el criollo como el mestizo, deben ser los cojinetes entre dos lugares, no diremos solamente geográficos, sino entre dos lugares del espíritu, entre dos lugares de la humanidad y entre dos lugares del acontecer histórico.

Pero he aquí que se establece el nuevo drama, que es el drama de la desubicación de las nuevas generaciones. Estas nuevas generaciones, que, frutos de radicales determinadas, no son frutos de climas auténticos de las radicales; es decir, son frutos de raíces trasplantadas por igual a climas no auténticos, de modo que los frutos tendrán que ser por orden de lo puramente fisiológico, diversos en sus funcionalidades íntimas, mejores o peores, progresistas o regresistas en cuanto a confrontación de lo histórico, anterior, que se puede dar siempre en una raíz, pero de algún modo diversos sino en su radical esencial, diversos en sus formas, diversos en su magnitud, diversos en sus correlaciones, diversos en su aspecto y diversos en su productividad y eficacia.

He aquí, entonces, una de las nuevas formas que produce la desubicación en América: el sentido de lo contingente en la función del lugar en los individuos nuevos.